



## D. Alfonso y D. Alejandro

Con motivo de unas palabras que se dice que pronunció aquí, en Salamanca, don Alfonso respecto a Lerroux, el reciente o fresco abogado de La Laguna, se ha dado a la prensa un comentario, privado y verbal, que en una peña de amigos hice a las regias palabras. Conviérteme, pues, ampliarlo.

Hablando don Alfonso con el alcalde de esta ciudad, lerrouxista y de la Junta Patronal, dijo que Lerroux está muy bien orientado en cuestiones de política internacional, pensando, sin duda, en su actitud frente a lo de Tánger, que es ya todo lo que queda del desvanecido ensueño del vicimperio ibérico. Añadió — se dice — que tiene el fresco abogado inmejorables condiciones de gobernante, que no le falta más que un paso que no mermaría su prestigio, y al decir el alcalde: «Y si se atreviera...», dícese por aquí que don Alfonso habló del patriotismo de Lerroux y de que a los dos les une el amor a España.

Y ¿para qué va a dar don Alejandro ese paso? Acaba de repetir que se mantiene en el campo republicano. ¡Claro! Se mantiene en él, guardándolo para la dinastía, espantando de él a todos los hombres austeros que no quieren laborar por el republicanismo ese, por no verse obligados a actuar junto a los que el reciente abogado dirige como caudillo.

Don Alejandro ha tenido buen cuidado en todas sus campañas seudorepublicanas de poner de lado la persona del que los radicales suelen llamar el Jefe del Estado y hasta ha hecho elogios de sus dotes personales, de su supuesto espíritu democrático y liberal. El señor Vázquez de Mella — ¡otro que tall! — acaba de hacer elogios también del Jefe del Estado. Pero es que don Juan conoce los fondos todos de Gobernación acaso tan bien como don Alejandro. A mí, en cambio, se me ha culpado de que en vez de combatir la forma monárquica de gobierno, el régimen, combato el carácter y la actuación de la persona que los encarna. Pero es que yo no escribo de derecho político, sino de historia, y sé que en historia son los hombres los que hacen las instituciones, y no éstas a aquéllos.

¿Qué es lo que ha producido en España el reformismo? ¿Es que los republicanos que se declararon dispuestos a colaborar con la monarquía, sobre la base de la soberanía única del pueblo, lo hicieron en vista de las dotes personales del ac-

tual monarca? ¡No! Los más de los reformistas que conocemos y tratamos no creen en el democratismo de nuestro monarca, no confían en él; pero ¿a qué otra parte vamos?, se dicen. Temen que si la monarquía desapareciese hoy de España fuésemos a caer bajo el dominio de los caudillos que se dicen republicanos. Se han pasado a su relativo y condicionado monarquismo huyendo, no de la República, no del republicanismo, sino de los republicanos.

Y estamos hartos de oír a hombres públicos que se dicen monárquicos, ex ministros algunos, decir, hablando del republicanismo: «Ah, es que si en ese campo hubiera hombres de la austeridad y la autoridad y la solvencia moral de Pi y Margall, de Salmerón, de Castelar, de Azcárate...» Es, pues, cuestión de hombres.

Algunas veces hemos dicho que este régimen — régimen de clandestinidad y de corrupción — caerá cuando haya hombres que puedan recoger lo que sus hombres dejen. ¿Los actuales caudillos sedicentes republicanos? ¡No, y mil veces no! Puestos a escoger entre don Alfonso y don Alejandro, lo mejor es no escoger y dejar que las cosas sigan su curso.

Lo mejor del antiguo republicanismo o está en su casa, o suelto y fuera del partido, o se pasó al reformismo, o se fué — el elemento popular — al socialismo. Los republicanos solventes son hoy socialistas, lo más, o son reformistas algunos, o luchan en la prensa y la tribuna aislados, fuera de partido. Y para unir a todos estos elementos habría que acabar con esos radicales de oficio. Y por esto, para que no se forme lo que habría de borrar la monarquía, es para lo que don Alejandro sigue en el republicanismo.

Miguel de UNAMUNO.

